

Añoro los días previos a la batalla que me costó el Trono.

La era antes de que los dioses se volvieran los unos contra otros y los verdaderos valores que servían como pilares para la civilización fueran corrompidos. Una época en la que todavía había magia en el mundo y honor en el corazón de los hombres.

La totalidad del cosmos se encontraba en la palma de mi mano y, sin embargo, lo perdí a causa de mi propio orgullo. La derrota resultó ser justamente lo que necesitaba para darme cuenta de la gravedad de la situación y lo bajo que había caído. Una prisión puede ser inescapable, pero si es abandonada por suficiente tiempo, eventualmente los barrotes se oxidarán.

Hay cuatro a partes que conforman mi plan. La primera es recuperar la herramienta que forjó mis ataduras y que, si es utilizada correctamente, puede crear objetos hermosos con la misma facilidad que toma vidas. La segunda es adquirir el conocimiento arcano que sirve como fundamento para modificar la mismísima realidad con tan solo un pensamiento. La tercera es recobrar la pasión, esa fuerza que lleva a todos los seres a cometer actos inimaginables. La última, y tal vez más importante, es obtener la ayuda de mi antiguo paladín, un guerrero de leyenda, sabio y despiadado en partes iguales capaz de infundir miedo en el corazón de sus enemigos.

El mundo está a punto de sufrir el mayor cambio en lo que va de la historia.